Newman, “buscador de la verdad y abierto a la gracia”

Estamos celebrando la canonización de John Henry Newman (1801-1890). Su vida fue la de un buscador de la verdad. Nació en Londres en el seno de una familia acomodada. A los quince años su padre sufrió un descalabro económico y él experimentó su primera conversión religiosa que le acercó al anglicanismo evangélico.

La universidad de Oxford, de la que formó parte como estudiante y profesor, va a ser su contexto vital: humana, intelectual y religiosamente. Allí se ordenó sacerdote anglicano (1824) y será el líder del *movimiento de Oxford* que inicia junto a sus amigos Froude, Pusey y Keble. Este grupo buscaba la renovación religiosa y, aun sin oponerse a la razón, formaba parte del horizonte cultural del romanticismo y la crítica planteada a la razón ilustrada por olvidar aspectos fundamentales del ser humano. Dos claves de este *movimiento* y del pensamiento y espiritualidad del mismo Newman son la importancia de los Padres de la Iglesia como los intérpretes autorizados de la Sagrada Escritura y una visión sacramental tanto de la naturaleza como del mundo. Otros aspectos, también importantes, serán la centralidad del dogma y de la sucesión apostólica que es la base de la autoridad de la Iglesia y del ministerio episcopal. El movimiento entrará en crisis a raíz de la publicación en 1841 del Tract 90 por Newman donde defendía una lectura amplía de los 39 Artículos anglicanos en concordancia con la doctrina católica, cortando así los lazos con las raíces protestantes en las que había crecido el mismo Newman. El subsiguiente revuelo y condena destrozaron la confianza del mismo Newman en su propia postura.

En 1845 se convirtió al catolicismo, siendo ordenado sacerdote católico en 1847. Newman, tanto por su propia valía como por su ingente capacidad de trabajo, estuvo siempre muy presente en la vida de la Iglesia católica inglesa; pero, debido a su dificultad en las relaciones humanas y a representar un catolicismo no ultramontano (fue crítico con ellos y estuvo visto por la jerarquía ultramontana tanto de Inglaterra como de Roma con suspicacia y duda, por lo menos hasta León XIII que le nombró cardenal en 1879), nunca fue un actor relevante, llevando una vida retirada y de relativa oscuridad. Así pues, como católico se nos presenta como un sacerdote y pensador retirado, moderado y siempre disponible a servir a la Iglesia. Murió en 1890.

En resumen durante toda su vida fue un verdadero maestro de vida cristiana con su ejemplo, escritos y sermones.

¿Qué es lo que nos enseña la larga y fecunda vida de este clérigo santo y profundo intelectual?

Fundamentalmente, nos encontramos ante un apasionado buscador de la verdad y modelo de conversión. Tanto en su periodo anglicano como en el católico, buscó con pasión y sinceridad la verdad procurando obedecer tanto a la “voz” de Dios que resonaba en su conciencia como la verdad de la Revelación transmitida por la Iglesia.

En una época relativista y escéptica como la nuestra, Newman nos recuerda la importancia de la verdad y nos invita a estar siempre abiertos a ella, sin perder nunca la esperanza de alcanzarla, cuidando nuestra propia vida moral y dejándonos acompañar por la Iglesia a través de los santos, los Padres de la Iglesia y, especialmente, del encuentro con Cristo. Una verdad

que nos implica existencialmente y cuyo primado implica dolorosas rupturas personales, pero que también es un proceso profundamente liberador y humanizador.

Sólo desde esta radical apertura a la verdad se entiende el proceso de conversión de Newman y de los grandes conversos como Agustín[1] o Edith Stein. En Newman descubrimos un hombre buscador de la verdad y abierto a la gracia. Y así nos encontramos con una primera conversión que es el paso de una religiosidad "heredada" a una adhesión firme, personal y consciente al cristianismo que le lleva a una apropiación personal de las verdades dogmáticas del cristianismo anglicano. "Cuando tenía quince años (en el otoño de 1816) se produjo en mí un gran cambio interior. Caí bajo la influencia de un credo definido y recibí en mi intelecto la marca de lo que es un dogma, que gracias a Dios nunca se ha borrado ni oscurecido". Y en 1845, tras un proceso que le llevará a dejarse acompañar por los Santos Padres y a valorar cada vez más el "principio dogmático" del cristianismo, se convertirá al catolicismo. Una decisión muy pensada y que sólo tomó al convencerse de la ortodoxia del desarrollo del dogma y la función que en él tiene la Iglesia. Fue un momento duro, como él mismo confiesa, pues "nadie puede tener una opinión más desfavorable que la mía sobre el estado presente de los romano-católicos", pero, al mismo tiempo, de paz y tranquilidad.

Reflexionando sobre lo que significa la conversión para Newman, nos damos cuenta de que implica un asentimiento "real", es decir existencial, pues la conversión es una decisión no sólo de la mente, sino también del corazón (recordar su lema cardenalicio, y tan agustiniano, de *cor ad cor loquitur* "el corazón habla al corazón"). No es la consecuencia de una deducción que se da en la mente de la persona, sino una respuesta en conciencia, pues ahí resuena el "eco" de la voz de Dios.

Otros aspectos importantes son su cristocentrismo que le lleva a una experiencia "real" o existencial de Jesús, no una mera idea; la importancia de la Iglesia y el dogma así como de la conciencia y los Padres de la Iglesia; o su defensa de los laicos y su formación[2] y de una visión católica que no implica una italianización. Y, en el fondo, fue un gran apologeta tanto por su contenido al tratar los temas de la revelación y la fe como por el modo de hacerlo: en diálogo y en un excelente inglés que da gusto leer.

1 Quiero recordar los cuatro grandes momentos en el proceso de san Agustín. Su primera conversión, a raíz de la lectura del *Hortensio* de Cicerón, le hará un buscador de la felicidad y la verdad que, después de un largo peregrinaje lo encontrará en Cristo camino, verdad y vida. Su segunda conversión es al cristianismo católico y a la vida religiosa como vocación personal que es don de Dios y tarea humana. Aquí aparece ya la necesidad de la gracia. Su tercera conversión, a raíz de su ordenación presbiteral primero y como obispo unos años más tarde, será a poner su vida al servicio de la Iglesia (y, en nuestra perspectiva, también de la sociedad). Él quería ser como María, dedicándose al estudio, la oración y la convivencia fraterna; pero descubre la primacía de la caridad: ser Marta, descubriendo que en esta vida lo primero es la caridad y que sólo viviendo la caridad; esto es, siendo como Marta, podremos llegar un día, en el cielo, a la vida de María: la contemplación perfecta. Finalmente, su cuarta conversión, ciertamente ya presente existencialmente aunque no en todas sus consecuencias teológico-espirituales en el momento de la conversión a la "vida religiosa", es a la gracia que es la clave de todo. Y desde ahí redescubrir su vida como agraciada y posibilitado a ser, también él, gracia (don, gratuidad) para los demás.

2 Newman constata que una simple fe implícita, es decir recibida pero no asumida y vivida personalmente, conducía a las personas cultas a la indiferencia y a las sencillas a la superstición: "Una simple *fides implícita* en las palabras de la *ecclesia docens* corre el riesgo de acarrear la indiferencia entre las clases cultivadas y, entre las más pobres, la superstición".

Como apologeta va a destacar la importancia y objetividad de la Revelación y del dogma, mostrando siempre la centralidad de Cristo, siendo los dogmas una necesaria explicitación de la Revelación; pero también el aspecto subjetivo de la fe que es la respuesta del hombre a la Revelación de Dios o, mejor aún, el asentimiento "real" (existencial) de la persona al Dios que se revela y la importancia de la conciencia. Es así como Newman se distancia de la antigua apologética racionalista, enfocada en las "pruebas" externas y presenta una apologética basada en la apertura del hombre a la revelación de Dios y en la centralidad de la conciencia: "Si no fuera por esa voz que habla con tanta claridad en mi conciencia y en mi corazón, mirando al mundo sería ateo, panteísta o politeísta. No voy a negar, ni mucho menos, la fuerza de los argumentos a favor de la existencia de Dios extraídos de la vida y de la sociedad humana o del curso de la historia. Pero ese tipo de argumentos no me encienden ni me iluminan (…) no hacen que se regocije mi ser moral, que busca a Dios".

La Revelación no pertenece, por tanto, al ámbito de la lógica impersonal, sino a la experiencia gratuita, personal y real del encuentro con Dios que se revela como Misterio. Todo esto se juega no tanto en el ámbito, supuestamente objetivo, de la razón como en el de la opción fundamental del corazón. De ahí que Newman busque describir los procesos internos tanto del conocimiento humano como del acto de fe, destacando el papel activo y responsable que en ellos desempeña la persona con sus disposiciones interiores que le abren o cierran al otro. "Yo considero que el rechazo del cristianismo surge como un defecto del corazón, no del intelecto; que la increencia surge no de un mero error de razonamiento, sino tanto del orgullo como de la sensualidad".

Esto implica una teoría del conocimiento en la que la certeza no dependa solamente de una evidencia objetiva, sino también de las precomprensiones y de los intereses de la persona que busca como muestran tanto el desarrollo de la creatividad en el terreno de las artes y las ciencias como la experiencia del mismo san Agustín y su corazón inquieto que, tras largos años de búsqueda, exclama: "¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! El caso es que tú estabas dentro de mí y yo fuera (…) Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. (…) Me has tocado, y ardo en deseos de tu paz" motrando así que al llegar a la verdad que es Cristo, ésta se manifiesta como algo ya presente en nuestro interior que sólo necesitaba ser descubierto una vez que nuestras propias disposiciones personales lo permitiesen porque, con palabras, una vez más, de Agustín: "Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti".

Así pues, la fe, supuesta la gracia, es un acto que va precedido y acompañado de ciertas disposiciones morales de la persona donde la clave es el estado correcto del corazón. De ahí que la fe pertenece a un tipo de razonamiento *implícito* que depende de los "primeros principios" o convicciones más profundas que son nuestro talante moral que nos lleva a considerar algo como "probablemente verdadero".

Y es así como Newman defiende la complementariedad de la fe y la razón, mostrando que es lícito creer en aquello que no se puede probar por medio de "evidencias" racionales como hacemos, con toda naturalidad, en la vida ordinaria. Para ello se enfrenta al concepto, reducido y racionalista, de la razón "ilustrada", ensanchando el campo de ésta al mostrar que existen dos tipos válidos de razonamiento: el *implícito* o espontáneo y el *explícito* o consciente.

Un paso ulterior en su apología de la fe será su defensa de la certeza, mostrando que es posible llegar a la certeza en el acto de fe. Esto es un don de la gracia; pero ésta se apoya

siempre en la naturaleza, en este caso, en las facultades cognoscitivas como son tanto la acumulación de probabilidades pues "nuestro Creador, que ha querido que en matemáticas lleguemos a la certeza mediante un proceso de estricta demostración, quiere que en religión, en cambio, alcancemos la certeza a base de acumulación de probabilidades" como el *sentido ilativo* que es la capacidad personal de discernir y reconocer la fuerza de múltiples signos convergentes que no pueden reducirse a las premisas lógicas. En sus mismas palabras, la capacidad por la que razonamos "no pasando de proposiciones a proposiciones, sino de cosas a cosas, de lo concreto a lo concreto, de un todo a otro (…) Llamo a este poder de juzgar acerca de la verdad y del error en materias concretas el sentido ilativo". Es así como se pasa de lo que en un principio se considera como probable o posible a la certeza. Y es así como en *Grammar of Assent* subraya que la fe es un asentimiento, es decir, una respuesta libre de toda la persona a la Revelación.

Finalmente, Newman destaca la importancia de la conciencia como la voz de Dios en la intimidad de la persona. Una voz que manda con autoridad y nos hace capaces de superar la subjetividad abriéndonos a la Verdad que procede de Dios. Así pues, "la conciencia no es una especie de egoísmo previsor ni un deseo de ser coherente con uno mismo; es un Mensajero de Dios (…). La conciencia es el más genuino Vicario de Cristo". Ella hace las veces de un *maestro íntimo de religión*, que "nos enseña, no sólo que Dios existe, sino también cuál es su naturaleza" como nos muestra en Calixta, una pagana del mundo clásico en busca de la verdad que descubre la presencia de esa "voz" en su interior: "Yo siento a Dios dentro de mí, siento que estoy en Su presencia. Me dice: 'haz esto, no hagas lo otro'. Tú dirás que ese dictado no es más que una ley de mi naturaleza, como llorar o reír Pues yo eso no lo entiendo. No, es el eco de alguien que me habla a mí. Estoy absolutamente convencida de que en último término procede de una persona externa a mí. Y trae consigo la prueba de su origen divino. Mi ser va hacia ella como hacia una persona. Cuando obedezco a ese eco, a esa voz, siento una satisfacción. Cuando no, siento dolor, amargura, pena; la misma alegría y el mismo dolor que siento cuando agrado u ofendo a algún amigo entrañable… Si hay un eco, es que hay un voz y Alguien que habla. Y ese Alguien que habla es a quien yo amo y reverencio".

Frente a una concepción más fácil y, en mi opinión, errada que opone la conciencia a la autoridad, Newman las ve íntimamente conectadas entre sí en tanto en cuanto ambas están en relación a la verdad, centro neurálgico de su pensamiento. Y todo esto no se basa en un subjetivismo modernista o relativista, sino en un personalismo en línea con el de san Agustín.

Así, cuando Newman afirma "ciertamente si yo pudiese brindar por la religión después de una comida, lo que no es muy indicado hacer, brindaría por el papa. Pero antes por la conciencia y luego por el papa" no está colocando los gustos de la persona como criterio último de autoridad, sino a la verdad que procede de Dios y que a través de la conciencia se hace presente en la interioridad de la persona superando sus mismos gustos y llevándole incluso donde no querría ir. Esta fue su propia experiencia de conversión tanto en el famoso poema *Lead kindly light* (1833) donde afirma: "Me gustaba escoger y comprender mi camino. Ahora en cambio oro: Señor, guíame tú" como en su conversión al catolicismo que, humanamente, no le era nada atractivo. Y así, a pesar de lo costoso de esta conversión que le llevará al ostracismo de romper con sus familiares y amigos y a renunciar a su querida vida de Oxford, Newman afronta este cambio radical con una certeza total que, a pesar de los múltiples problemas que tendrá dentro de la Iglesia católica, nunca le abandonará.

Y es así, con este énfasis dado a la conciencia, como Newman, sin hacer depender la Revelación del individuo ni debilitando la autoridad de la Iglesia, recalca, una vez más, la importancia del *área pre-conceptual*, es decir, del espacio de la propia interioridad y de las correctas disposiciones personales. Sólo así, partiendo de las disposiciones morales de la persona, conseguiremos discernir correctamente y no confundir las voces del propio egoísmo con el eco de la voz de Dios que resuena en la propia conciencia.

Y todo esto en el ámbito de la Iglesia. Para Newman, tanto en su período anglicano como en el católico, la fe del creyente es siempre una fe eclesial. Es la Iglesia la que, en virtud de su apostolicidad, defiende, custodia y transmite la Revelación. Newman mantiene así en equilibrio dos principios de autoridad aparentemente antagónicos: la conciencia y la Iglesia.

Alberto Fuente, agustino recoleto